

## REPÚBLICA, TRANSICIÓN Y SUCESIÓN: DISYUNTIVA CUBANA ACTUAL

Por Eduardo Lolo

“Creo que hemos llegado.” Esa fue la expresión de Máximo Gómez el 20 de mayo de 1902 cuando, una vez arriada la bandera de los EE.UU., se izaba por primera vez la de Cuba en el Castillo del Morro de La Habana. De manera oficial la República de Cuba tenía su nacimiento, con un ejército interventor en retirada y un presidente electo democráticamente listo para tomar posesión de su cargo. La expresión del viejo soldado, sin embargo, era de alguna manera dubitativa. La frase “creo que” implica que el hablante no está del todo seguro de lo que va a decir a continuación; hay más deseo que certeza, se aspira esperanzadoramente a que lo expresado al término de la frase se haga realidad, mas no se está seguro. Parafraseando a Descartes pudiera decirse “Creo que, luego dudo.”

¿Por qué dudaba el héroe del resultado de su propia heroicidad? Atrás quedaban más de 30 años de lucha, destierro, dolor y muerte. Él fue el único de los grandes líderes independentistas que sobrevivió lo suficiente como para ver llegar el arribo de la República. En efecto, Máximo Gómez había compartido la manigua lo mismo con Carlos Manuel de Céspedes tan temprano como 1868 que con José Martí poco antes de la muerte de este último en 1895. Su propio hijo Panchito había caído al lado de su Lugarteniente Antonio Maceo casi al final de la última contienda. Ya España había sido vencida y la fuerza interventora norteamericana también se retiraba voluntariamente. Por lo tanto, ese 20 de mayo de 1902 nada se interponía entre la bandera de la estrella solitaria y el cielo azul libre de la Patria. Mas el curtido guerrero todavía no estaba seguro de haber llegado.

Los alcances de la República parecen certificar de injustificada la duda del anciano caudillo y eso que la herencia recibida por ésta no podía ser más precaria. La terquedad de las autoridades coloniales españolas de mantener a Cuba atada a España hasta “el último hombre y el último peso” había costado cientos de miles de vidas, tanto de criollos como de peninsulares. El Acta de Reconcentración llevada a cabo por Valeriano Weyler, casi extermina la población campesina en muchas zonas del país. La agricultura y la ganadería prácticamente fueron a la ruina en unos tres años. Sirva de ilustración que al término de la contienda las cabezas de ganado sólo alcanzaban un 15% de las que había antes de la guerra. Y aunque durante la breve administración interventora estadounidense se comenzó la reconstrucción del país, no fue sino en la República que Cuba pasó de ser una tardía excolonia en bancarrota –a la zaga del resto de las naciones del continente– a uno de los países más prósperos de la región. Y todo ello en menos de medio siglo.

Los logros de la República fueron tales, que Cuba se convirtió en un próspero país de inmigrantes. De todas partes del mundo venían personas a asentarse permanentemente en nuestro suelo y dedicarle su trabajo. Son muy pocos los cubanos, particularmente hasta mi generación, que no tienen a algún extranjero entre sus ancestros más cercanos. Incluso desde la misma España otrora enemiga, acudían a una Cuba no española posiblemente más peninsulares de los que venían voluntariamente durante la época colonial. Blancos, negros, chinos; europeos, latinoamericanos, asiáticos; cristianos, judíos, musulmanes. De todo llegaba a Cuba y de inmediato “se aplanaba”, modismo criollo que intentaba ilustrar la adaptación y aceptación total del inmigrante en suelo criollo. Las industrias destruidas se reconstruyeron; otras muchas nuevas se añadieron. Creció todo, tanto cuantitativa como cualitativamente: la banca, el

comercio, la agricultura, la ganadería, los servicios, la cultura. Y a una velocidad tal que en poco tiempo dejó detrás los índices alcanzados por la mayoría de las otras repúblicas latinoamericanas que tanto aventajaban a Cuba a finales del siglo XIX.

La calidad y la cantidad de dicho salto al progreso no llegaron, por supuesto, fácilmente. Fue el resultado del esfuerzo, el trabajo, la confianza y la dedicación de cubanos y extranjeros por igual que veían la posibilidad de avanzar en lo personal gracias a las condiciones propiciadoras de la democracia y la naturaleza de la misma Isla. Y al avanzar los ciudadanos, obviamente avanzó el país.

En el campo de la educación pública jugó un papel fundamental la creación de las Escuelas Normales para Maestros, que en menos de medio siglo graduaron a miles de educadores en todas las provincias del país, listos para trabajar de inmediato en las nuevas escuelas que constantemente se construían. Hasta el ejército, institución que por su propia naturaleza todos asocian con la guerra, estuvo involucrado en la educación, actividad que sabemos va de la mano de la paz. Eran los tiempos en que el joven oficial Fulgencio Batista comandaba las fuerzas armadas antes de ser elegido democráticamente presidente en 1940 y mucho antes de convertirse en gobernante de facto en 1952. Bajo su dirección se crearon entonces las Escuelas Cívico-Militares que llevaron la educación a remotos lugares rurales adonde por razones logísticas y demográficas no había podido llegar el Ministerio de Educación civil. Años después, al mejorar las comunicaciones y aumentar el número de maestros, dichas escuelas pasaron a manos civiles que continuaron llevando la enseñanza a los niños campesinos tierra adentro. Esos maestros rurales de la República, tanto los militares como los civiles, constituyeron un elemento vital en el desarrollo de la nueva nación. Por lo general vivían en un pueblo (o cuartel, en el caso de los militares) relativamente cercano a la zona rural donde estaba la escuela. Se tenían que levantar muy temprano, todavía de madrugada, tomar un autobús hasta el lugar con carretera más próximo a la zona adonde debían llegar. Luego seguía el maestro su camino en un vehículo todo-terreno, o a caballo, o en una carreta, o a pie por las guardarrayas lodosas o polvorientas. Cuando ya alto el sol arribaban los niños recién despiertos, el maestro los estaba esperando a la puerta de la escuela. Ésta era, por lo general, un aula multigrada, de forma circular. Los estudiantes se agrupaban por grados, a manera de radios de la circunferencia, mirando hacia la pared curva, donde había varias pizarras; una para cada grupo de alumnos. El maestro iba rotando de un conjunto de discípulos a otro, atendiendo directamente uno sin descuidar a los otros. Al final del día había dado incontables vueltas dentro de la circunferencia, a manera de aplicada noria del saber. Terminada la jornada, vuelta al caballo, la carreta, la guagua cenicienta para llegar a su casa o al camastro del cuartel ya de noche –como había salido–, a descansar de prisa y dormir al galope para estar listo al siguiente día. No en balde el índice de analfabetismo en Cuba, que a finales del siglo XIX estaba entre los más altos del continente, se ubicó entre los más bajos en unas pocas décadas. Todavía quedan vivos en el destierro algunos de esos antiguos maestros rurales de la República. Parafraseando a Martí puedo asegurar que para ellos las palmas son estudiantes que esperan.

En el campo social, aunque la discriminación racial nunca fue eliminada del todo, se redujo extraordinariamente si se la compara con la existente contemporáneamente en los demás países de la región. En este aspecto Cuba llegó a aventajar marcadamente incluso a los Estados Unidos.

Tecnológicamente, la República colocó al país a la cabeza de América Latina. Cuba fue la primera nación de la región en tener rutas aéreas internacionales de pasajeros, transmisiones comerciales de radio, estudios y transmisores de televisión, teléfono con discado directo, etc.,

etc. Para cubrir todas las ofertas laborales de su creciente economía, hasta hubo que crear programas de trabajadores extranjeros temporales que venían a Cuba durante la zafra azucarera y luego regresaban a sus países de origen para volver a tiempo para la siguiente cosecha. Los logros todos de la República alcanzan para escribir un libro.

¿Qué justificaba entonces la duda inicial de Máximo Gómez de sólo creer (de no estar seguro) de haber llegado ese 20 de mayo de 1902 a la meta que se habían propuesto los mambises en la manigua? Su vasta experiencia y su conocimiento de los personajes políticos de entonces pudieran haber sido la motivación de su duda, con independencia de lo que hubiera pensado con relación a la Enmienda Platt. Porque es el caso que todos los avances de la república en la economía, la tecnología, la cultura y las relaciones sociales no contaron con un resultado semejante –o tan siquiera proporcional– en la política, incluso una vez derogada la enmienda impuesta.

Los problemas políticos de la República comenzaron bien temprano: cuando Tomás Estrada Palma, el primer presidente republicano, decidió ir a la re-elección. Hasta el mismo Máximo Gómez, que había apoyado su candidatura para el primer término, concluyó haciendo campaña en su contra. La inaudita terquedad de Estrada Palma y las pugnas entre los elementos opositores parecían llevar a la joven nación al caos, de manera tal que el primero, incapaz de controlar la situación, terminó solicitando una nueva intervención militar de los Estados Unidos, a lo que el gobierno norteamericano accedió sin mucho fervor. Los soldados norteamericanos ocuparon de nuevo la Isla, esta vez desde 1906 hasta 1909.

Entre 1909 y 1925 Cuba gozó de una etapa política relativamente estable, aunque siempre al filo de las revueltas de inconformes o extremistas de todo tipo, el peligro de una nueva intervención militar norteamericana, y sin la reconocida honradez del gobierno de Estrada Palma. En 1925 resultó electo democráticamente quien fuera un joven mambí de destacado papel en la Guerra de Independencia: Gerardo Machado. El impulso a las obras públicas y la educación durante a su gobierno opacó todos los esfuerzos anteriores y quedó sin superar en ninguna etapa posterior de la historia de Cuba. Pero Machado, sin tomar en cuenta la experiencia de Estrada Palma, quiso permanecer en el poder más allá de los 4 años para los que había sido electo, cambiando la constitución en 1928 para obtener un mandato de seis años. La llamada “prórroga de poderes” desató un sangriento proceso político que terminó con el derrocamiento de Machado en 1933. Durante los próximos siete años el país tendría varios “gobiernos revolucionarios” de efímera existencia y alcances varios, cuando no contradictorios. Y aunque en 1940 se logró estabilizar de nuevo la democracia con una avanzadísima constitución política y elecciones libres, el virus de la violencia como lenguaje político quedó tan profundamente grabado en las clases políticas de entonces, que en 1952 se fractura de nuevo el Estado de Derecho. Llega entonces 1959 y la república, herida ya desde su nacimiento, cae inerte en la triste, larga, pesada y profunda noche del castrismo que nos hizo partir a todos al exilio en busca de un poco de luz. Tuvo mucha razón Máximo Gómez en su duda: en realidad no habíamos llegado.

Han pasado casi 50 años de letargo republicano. Cuba es hoy en día isla, nación, estado y país; pero no es república. Su sistema político se acerca más al feudo medieval que a la dictadura en su versión moderna. Su gobernante es mucho más que eso: es dueño y señor omnipotente de vidas y haciendas, del presente y del pasado (que “cambia” oficialmente a su antojo) y, dado el prolongado lapso de su permanencia en el poder, hasta de lo que fue futuro para dos o tres generaciones que han perdido sus vidas inútilmente como siervos de una gleba política incapaz de todo menos de instrumentar el terror a la perfección. Cuba está en ruinas no arqueológicas, sino vigentes; todo reducido al nivel de vestigios en ejercicio. En la actualidad, excepto las zonas

e instalaciones turísticas y la infraestructura al servicio de la nomenclatura, todo lo demás se encuentra convertido en un remedo de lo que un día fue. Campos y ciudades visten harapos de historia.

Pero todo tiene su fin. Y ahora, en el Invierno del Patriarca, hay muchos que se preparan y teorizan acerca de la Cuba del día después, una vez que deje de ser la isla del día anterior.

Los términos que más se esgrimen en las polémicas resultantes son “Transición” y “Sucesión”. El primero se utiliza para soñar un cambio a la democracia con la anuencia (o no) del séquito castrista sobreviviente. Como todo sueño deseado es un cambio suave y dulce, de melódicos arpegios ideológicos.

El segundo de los vocablos en duelo (“sucesión”) se utiliza para conjurar lo que no se quiere admitir, aunque ha sido anunciado desde hace décadas: que en este caso, y contradiciendo el viejo refrán popular, muerto el perro no se acaba la rabia. Porque no se trata de un perro, sino de una jauría dispuesta a dejar los colmillos (tanto seniles como de estreno) con tal de no perder sus privilegios caninos.

Los teóricos de la transición y los de la sucesión, en su afán polémico, olvidan sin embargo que más allá del léxico y la semántica no están esgrimiendo conceptos necesariamente antagónicos. Es más, en la historia de Cuba, se da la paradoja de que transición y sucesión no han sido términos excluyentes, sino contemporáneos y complementarios.

Aquí creo conveniente detenernos un momento para recordar las definiciones de los tres vocablos fundamentales de la frase anterior: paradoja, transición y sucesión. Según el DRAE, se denomina “paradoja” en retórica a una “figura de pensamiento que consiste en emplear expresiones o frases que envuelven contradicción.” Hay, consecuentemente, tanto paradojas poéticas como históricas, artísticas, etc. El mismo diccionario define la palabra “transición” como la “acción y efecto de pasar de un modo de ser o estar a otro distinto.” Finalmente busquemos el término “sucesión”, donde encontraremos que define la “entrada [de alguien] como heredero o legatario en la posesión de los bienes de un difunto.”

Hay transiciones y sucesiones económicas, políticas, históricas, etc. La transición implica un cambio cualitativo (de un modo a otro distinto); la sucesión, por otra parte, entraña un giro cuantitativo (los bienes pasan a otro u otros por herencia.). En circunstancias especiales, sin embargo, ocurre la paradoja de que la transición es lo que garantiza la sucesión y viceversa. Como es el caso que considero se repite en la historia de Cuba.

Y digo se repite porque no es la primera vez que transición y sucesión se complementan mutuamente en nuestro devenir histórico. Un caso similar se dio en el paso de Colonia a República, precisamente del que dudaba, con razón, Máximo Gómez.

Repasemos someramente el ambiente de la época: cuando las autoridades coloniales españolas todavía pensaban que podían ganar militarmente la guerra contra los mambises, pero que lo que se necesitaba era una mano más dura, enviaron de Capitán General a Valeriano Weyler, último exponente ortodoxo del sistema colonial español en Cuba. Éste, como era de esperarse, profundizó y mantuvo un poder político absolutamente absoluto. El experimentado militar garantizó el monopolio del comercio exterior cubano para España como Estado-patrón y el comercio interior para los peninsulares asentados en la Isla. De igual forma amplió e implementó la confiscación de bienes y haciendas de los opositores, propiedades que después vendía a precios irrisorios a los integristas a manera de pitanzas por su lealtad activa. Para acallar todo escándalo, instauró y mantuvo una censura de prensa sin apelación. Y por supuesto que siguió al pie de la letra la política colonial de hacer los nombramientos de todos los cargos públicos entre los españoles, sin elección ni selección alguna por méritos profesionales. Su más

conocida y criticada decisión fue la reconcentración forzosa de los campesinos en pueblos y ciudades, sin las más mínimas condiciones logísticas, lo que provocó la muerte de miles de personas inocentes, fundamentalmente niños y ancianos. Pero ello no importaba con tal de privar a los mambises del apoyo potencial de los reconcentrados. Para Weyler, como para todo individuo de su calaña, el fin justificaba todos los medios, por muy injustos que fueran.

Pero cuando el gobierno español de la época se dio cuenta de que no podía ganar la guerra ni siquiera al precio de “Hasta el último hombre y el último peso”, cambió la ortodoxia por el pragmatismo, que no es más que una variante más sutil de que el fin justifica los medios. Y a tal fin, sustituyó a Weyler por el General Ramón Blanco, quien vino a Cuba con el objetivo de mantener el poder colonial a toda costa, incluyendo mediante una supuesta “apertura” del sistema político. A tal efecto, se aceptó y apoyó la existencia del Partido Autonomista y el status autonómico para la Isla, se permitió cierto “ablandamiento” de la censura de prensa, y la aceptación de criollos en la Lonja del Comercio. Las prebendas y la estabilidad económica garantizada por la sucesión, hizo que los autonomistas y algunos capitales criollos se convirtieran en los mejores aliados del colonialismo, en una indiscutible etapa de transición –con relación a su vertiente ortodoxa– para poder sobrevivir como sistema. Los mambises se quedaron más solos que nunca; la guerra, estancada. La transición fue la única posibilidad de garantía de la sucesión.

Y todo hubiera quedado así por mucho tiempo a no ser por el esfuerzo de algunos amigos norteamericanos de la causa cubana tales como Charles Dana y Teddy Roosevelt. El primero, director del periódico neoyorquino *The Hour* y muy cercano a Martí, inició una campaña propagandística a favor de la independencia de Cuba que luego se extendería a casi toda la prensa norteamericana. El segundo renunció a su puesto de Secretario de la Marina y comenzó a preparar un ejército de voluntarios para ir a pelear a Cuba al margen del gobierno. El poder de la prensa, el exitoso trabajo político y de reclutamiento de Teddy Roosevelt, y la voladura del Maine a manera de catalizador final, hicieron que el Gobierno de los EEUU decidiera involucrarse en la guerra en Cuba, pero con el objetivo de garantizar su independencia en tanto que nación, no anexarla. La guerra hispano-americana resultante fue corta y decisiva: el futuro venció al pasado.

En el Tratado de París, firmado por los gobiernos de los Estados Unidos y España a espaldas de los cubanos, los españoles cedieron a la fuerza el poder político, pero mantuvieron el poder económico. Ninguno de los bienes incautados por razones políticas fue devuelto a sus legítimos dueños o sus descendientes. Ningún criminal fue juzgado por sus crímenes. Ninguna víctima fue indemnizada. Muchos españoles vendieron sus propiedades a los norteamericanos, quienes terminaron suplantando a los peninsulares. La República comenzó sobre esas bases de injusticia e impunidad. La más drástica de las transiciones políticas experimentada hasta entonces en Cuba, convive y se complementa con la sucesión. Decididamente que no habíamos llegado.

A más de un siglo de distancia del advenimiento de esa República baldada de nacimiento, se presenta otra transición cuyo objetivo principal es garantizar la sucesión. Podría esgrimirse que teniendo en cuenta que Fidel Castro todavía permanece vivo, resulta prematuro hablar de una u otra. Pero es el caso que la vida y la muerte pueden también convivir paradójicamente. Fidel Castro no ha muerto como persona, pero como proyecto político murió en el Período Especial. Su hermano menor Raúl Castro es quien realmente viene dirigiendo Cuba desde hace al menos unos 10 años; que es decir, mucho antes de los problemas intestinales que obligaron a su hermano a traspasarle oficialmente el poder. Suya ha sido la decisión de implementar una transición que garantice la sucesión. Y hasta ahora su estrategia ha resultado exitosa.

En los momentos más difíciles del llamado Período Especial, cuando en la población cundía una epidemia de ceguera e invalidez por deficiencia alimentaria (como en tiempos de la Reconcentración de Weyler), el ungido sucesor al trono feudal implementó una nada disimulada apertura económica mayorista y minorista. La dolarización de la economía, la búsqueda y aceptación de inversiones extranjeras, la mengua de la represión al productor y comerciante pequeño, la conversión de la nomenclatura militar en aristocracia empresarial, y el envío al extranjero de los hijos y otros familiares cercanos de los jefes castrenses para aprender a conducir empresas bajo el modelo capitalista, son signos inequívocos de que una transición en las relaciones de producción se está produciendo en Cuba que habría sido inimaginable durante la etapa soviética o estando en el poder el feudal ortodoxo de Fidel Castro.

Pero esa transición tiene un solo objetivo: garantizar la sucesión del poder del Máximo Líder al Mínimo Líder, respaldado por la caterva de mínimos líderes diminutos que conforman el séquito feudal. Algunos juglares ideológicos intentan hacernos ver esa jugada de enroque demagógico como un paso hacia la liberalización de la vida cubana; o sea, de una resurrección de la primavera democrática. En realidad todos asistimos a una primavera carcelaria, en la cual decenas de inocentes fueron penalizados con largas condenas de privación de libertad en condiciones más que precarias. Los inversionistas extranjeros llenan sus bolsillos a costa de la explotación de los trabajadores cubanos, obligados a servir de bufones a los cómplices del clan Castro. Pero un estricto apartheid impide al pueblo cubano disfrutar de las playas, hoteles y restaurantes que construye y mantiene para disfrute de los turistas sexuales que arriban baboseantes a la Isla a la búsqueda de las jóvenes prostitutas peor pagadas del mundo. La tolerancia cómplice del gobierno ante el deprimente negocio de la prostitución (incluso de menores), no puede tildarse de liberalización; antes bien de una forma de explotación feudal más terrible aún que la que sufren los trabajadores que lavan los platos donde se les prohíbe comer o tienden las camas donde les está vedado dormir.

Las concesiones que pueden apreciarse en la transición de marras lo que buscan es cambiar lo estrictamente necesario sin hacer cesiones o mercedes de poder; existen porque si no se implementan, se corre el riesgo de que el poder mismo se pierda, mas no son otra cosa que mudanzas cosméticas imprescindibles para garantizar la sucesión. Con la complicidad de capitalistas inescrupulosos de todo el mundo, el Mínimo Líder lo único que intenta con sus “cambios” es apuntalar la continuidad del poder político absoluto, aunque no sea absolutamente absoluto como en tiempos anteriores. El pragmatismo se enfrenta a la ortodoxia no para cambiar el sistema a ella asociado, sino para hacerlo sobrevivir con nuevos ropajes. Una vez más la ortodoxia, vía demagogia, cede la silla al pragmatismo, porque los medios siguen sin importar con tal de llegar al fin.

De todo lo anterior se desprende que, en el caso que nos ocupa, Transición y Sucesión no constituyen una dicotomía antitética, sino que forman un binomio histórico perfectamente imbricado en que un elemento sirve de garante y complemento al otro. La disyuntiva cubana actual no es, entonces, entre Transición y Sucesión, sino entre República y el macabro dueto Transición/Sucesión. Sin una resurrección corregida del sistema republicano, todo cambiaría gatopardesca para seguir siendo igual; continuaríamos, como en 1902, todavía sin llegar.

Teorizar sobre los posibles pasos a dar para alcanzar el renacimiento enmendado de la República en las circunstancias actuales requeriría de otro trabajo de dimensiones incluso mayores a las de éste. Pero no quiero terminar sin adelantar que, en base a mis estudios y análisis al respecto, considero que el factor determinante se encuentra dentro de Cuba: la presencia de una juventud con careta ideológica que, aunque aprovecha las migajas del régimen fingiéndole

adhesión, en realidad sobrevive medrando desechos al filo de la navaja y soñando un presente mejor. Todos pueden ver la sonrisa unánime de la máscara; pero tras ella, cada vez más pronunciada, se oculta una mueca a punto de erupción. De ahí que a pesar del recrudecimiento de la represión, haya surgido y continúe su desarrollo un valiente movimiento de periodistas y bibliotecarios independientes que, siguiendo la conocida fórmula martiana, tienen en sí el decoro de muchos. Incluso hemos visto nacer y, en general, sobrevivir, diversos partidos políticos proscritos que, aunque diminutos y aparentemente inocuos, ni siquiera podían soñarse veinte años atrás. Ya las máscaras comienzan a caer por el peso de la historia; consecuentemente, se presagia una espontánea rebelión de las muecas.

Corresponde al exilio, como parte integral de la cubanidad, servir de apoyo y catalizador a la emergente sociedad civil dentro de la Isla en su afán de resurrección de una República que finalmente sea “con todos y para el bien de todos.” La estrategia a seguir depende de las opiniones de cada cual, y aunque disímiles en sus formas, todas pueden ser válidas, excepto la que intente imponérsele a los demás. Los cubanos del exilio no hemos perdido el tiempo viviendo en democracia; hemos sido parte de ella. Consecuentemente, bien sabemos de la solidez de los sueños cuando son justos. La rebelión de las muecas habrá de necesitar de la solidaridad de todas las sonrisas.

(Lolo, Eduardo. “República, transición y sucesión: disyuntiva cubana actual.” *20 de Mayo (CA)*, Vol. 38, Num. 2450, julio 21, 2007, Página 15. Publicado luego en la Internet en: *La Nueva Cuba*, julio 25, 2007 en: <http://www.lanuevacuba.com/archivo/eduardo-lolo-8.htm>)